

**DONACIÓN DE LA BIBLIOTECA DEL
MAESTRO ERNESTO DE LA TORRE VILLAR
A LA UNIVERSIDAD DE PUEBLA EN 1998.**

PALABRAS PRONUNCIADAS:

Puebla ha sido desde sus orígenes, una ciudad con bibliotecas. El obispo de Tlaxcala, el dominico Fray Julián Garcés, el primero de la Nueva España, al venir, nombrado por el Emperador de quien era confesor, aportó un buen lote de libros, no demasiados pero sí selectos.

Fray Juan de Zumárraga quien reconocía los méritos intelectuales de Garcés y su fama como predicador, en una ocasión apurada le mandó pedir le prestara un volumen de sermones para preparar el que tenía que pronunciar; Garcés quien no imitaba las prédicas de otros sino que las creaba, razonaba y decía, por lo que era tan alabado, al recibir la petición de Zumárraga respondió: "Díganle a mi hermano Juan que yo no uso vejigas para nadar". Lo que quiere decir que entre sus libros no había sermonarios. Deben haber sido las obras de Santo Tomás, de Echart, de Ruisbroek, las que leía el dominico y no sermonarios.

Más tarde Zumárraga quien llevaba gran amistad con los impresores Cromberger de Sevilla, compró para su biblioteca episcopal y para usos de sus seminaristas buena colección de obras. Algunas de ellas quedaron en su palacio episcopal, otras fueron enviadas en donación a un convento en Durango, España en donde había nacido. Los siguientes obispos de Puebla fueron hombres cultos preocupados por la instrucción de sus ovejas y de su propio clero. Para su uso en catedral mandaron hacer grandes y

suntuosos salterios, preciosos libros de coro dibujados por Luis Lagarto que podían leer desde sus sitials, los puntillosos, graves y cegatones canónigos de su cabildo catedralicio. Para 1633 cuando llega a Puebla el doctor Juan Rodríguez de León, gran orador, notable escriturista y bibliófilo como su hermano Aniceto de León Pinelo, autor de la primera bibliografía americanista y ya existía en la catedral poblana buena biblioteca teológica y canónica y con ejemplares selectos de la Biblia. Los informes que elabora Rodríguez de León, revelan los vastos conocimientos y lecturas de este notable predicador y erudito de mil facetas, y es indudable que para sus respuestas, a más de su increíble memoria, empleaba numerosos libros que debieron estar al servicio de la catedral y también en el Colegio de Santa Bárbara de los franciscanos y en el Colegio de San Luis.

Al ser nombrado obispo de Puebla de los Ángeles Juan de Palafox y Mendoza, hombre de estudio e incansable escritor, llega con buen número de libros. Hombre de la contrareforma y tridentino convencido, al poner en juego los mandatos del concilio, crea su prodigiosa serie de colegios en los que se tendrán que formar los miembros del clero poblano. Corresponde a Palafox ser el primer obispo americano en crear estos colegios que seguirán un poco el espíritu del que había establecido Vasco de Quiroga en Michoacán apoyado por la Compañía de Jesús. Palafox piensa en la recia formación que debía recibir su clero. Los colegios de San Juan, hasta el de San Pablo, que comprendían desde la enseñanza de la gramática y humanidades, la filosofía y que culminaban en la Teología que se ofrecía en San Pablo, debían contar con un acervo libresco selecto y rico. Como su biblioteca personal se había ido acrecentando, don Juan decidió en un momento de desprendimiento, ceder su biblioteca personal a los seminarios y así lo determinó. En una de las aulas se colocó esa riqueza, junto con instrumentos científicos y varias imágenes. Palafox dejó

caer en desgracias por las intrigas palaciegas y de varias corporaciones, al volver a España, no llevó consigo sino su rico archivo personal el cual se incorporaría al archivo de su familia.

Los colegios seminarios, palafoxianos por su fundador o tridentinos por la función, no decayeron; crecieron en importancia aun cuando en ellos se advirtió la decadencia en los estudios, que fue como una constante en esta clase de instituciones. Sería la ilustración borbónica y la presencia de preladados cultos pero ampulosos, más regalistas, pero menos sinceros y limpios que Palafox, los que iniciaron nueva renovación en los estudios eclesiásticos. Fue don Francisco Fabian y Fuero, excelente helenista, funcionario culto y bien colocado en la corte quien impulsó firme y segura transformación a los estudios en los seminarios poblanos. Creó una escuela de humanidades que puso en manos del gran promotor de la cultura y de obras sociales que fue don José Pérez Calama; favoreció la enseñanza de las humanidades y entusiasmado por el éxito de sus promociones, adquirió crecido número de libros, que colocó en el local que hizo construir exprofeso al que dotó de soberbia estantería. Así la primera donación de Palafox se acrecentó con la dotación espléndida del obispo Fabian y Fuero.

Desde entonces, desde el lejano final del siglo XVIII, la biblioteca de los colegios seminarios de Puebla, conocida por Palafoxiana, es orgullo de esta ciudad. Ahora ya no acuden a ella los sabios maestros, ni los estudiosos alumnos, sino que sirve de museo del libro para los atontados turistas y para las ceremonias oficiales llenas de lucimiento, y del público cautivo.

En el siglo diecinueve, insigne poblano, genio de la política y amigo de las letras don José María Lafragua, quien con riguroso cuidado había reunido libros y documentos esenciales para la

historia y la cultura mexicana, dispuso que buena parte de su rica biblioteca quedara como base de la biblioteca Nacional y otra parte pasara al Colegio del Estado de Puebla. Hemos tardado cerca de un siglo para elaborar los catálogos de esos dos fondos. Actualmente ya casi se ha terminado y podemos apreciar la riqueza, utilidad del mismo y el cuidado inteligente y minucioso de su donador para constituir ese rico repositorio. Entre tanto otras bibliotecas de poblanos se han formado. Una, la del gran bibliógrafo poblanos y excelente amigo, la de José Miguel Quintana, vino a parar a la Universidad de las Américas y ahí se encuentra acompañando otros fondos importantes de notables juristas poblanos.

Esta biblioteca en que nos encontramos, que admiramos, y que es bien y muy utilizada por los estudiantes poblanos, ha sido formada por el esfuerzo, dedicación y entusiasmo de Alfonso Vélez Pliego, quien con acertado tacto y conocimientos la ha integrado, organizado y puesto al servicio de la inteligencia poblana. Hoy la vemos como un fondo nuevo, bien estructurado, selecto y consagrado a ser útil por su riqueza y actualización tecnológica, a todos aquellos que se ocupan de las ciencias del hombre. Sus modernos catálogos, ricas colecciones y espléndidos servicios hacen de ella la más importantes de las bibliotecas universales.

Sus creadores y autoridades han tenido a bien honrarme, poniéndole mi nombre. No he podido rechazar sus nobles y generosas intenciones y he aceptado figure mi nombre entre sus libros.

! Mil gracias por este generoso acto de amistad ; .

Hace tiempo señalé a uno de sus más fieles organizadores, a

Masae Sugawara que yo estaba dispuesto a ceder mis libros, libros de trabajo, causas de mis desvelos y compañeros en la labor de aprender, a la Universidad de Puebla. Hoy frente a todos ustedes confirmo este deseo. Sólo les pido me dejen seguir utilizándolos en los días que me quedan de vida. Cuando ellos vengan aquí a servir, entre estos muros, vendrá con ellos parte de mi espíritu.

Puebla, Mayo de 1998.